



# Traductor caníbal

El proceso de reducción a una sola lengua está contenido en el proyecto de mundialización, en el cual las leyes, los negocios y la vida son reducidos a un único código. Con este fenómeno deja de existir la posibilidad de la multiculturalidad.



**Luis Enrique Izquierdo**

*Filósofo, editor y escritor independiente.*

*Ganador del premio de Periodismo y crítica para las artes de IDARTES 2012 [Secretaría de Cultura].*

*Correo electrónico:*

*enrique.izquierdo73@gmail.com*



Las lenguas se encuentran, se unen, se separan, se tocan, se pelean. Es un encuentro amoroso. No es del acto de besar sobre lo que escribo. Pienso en la traducción, en el traductor. Un traductor es un amante de las lenguas. Pero un amante que termina por devorarlas, por asimilarlas de manera crítica.

Reflexionar sobre autores de lengua portuguesa traducidos a nuestra lengua como Pessoa o Saramago es oportuno. Dos lenguas romance se encuentran y redescubren en la Feria Internacional del Libro de Bogotá con Portugal como país invitado. Se habló portugués el año pasado; esa experiencia de Brasil nos proporciona el comienzo del banquete.

En una conferencia dictada en Monterrey, en febrero de 2003, el etnobotánico Wade Davis manifestó su preocupación frente a la desaparición de las lenguas ancestrales o tribales, en su mayoría, a expensas de la imposición de una lengua común. En el último tercio

del siglo xx se contaba con algo más de 6000 lenguas distintas. Para el comienzo de la segunda década del siglo xxi ya no se llegaba ni a 3000. Para Davis, “una lengua es un destello del espíritu humano, el vehículo mediante el cual viene a nuestro mundo material el alma de cada cultura particular”. El proceso de reducción a una sola lengua está contenido en el proyecto de mundialización, en el cual las leyes, los negocios y la vida son reducidos a un único código. Con este fenómeno deja de existir la posibilidad de la multiculturalidad. No quiero perder de vista que una lengua es una forma de existencia, es una forma de ver, entender y construir el mundo.

A finales de los noventa conocí la traducción del libro *El sabor de un hombre* de la escritora croata Slavenka Drakulic. Su trama me enfrentó al enamoramiento de una mujer polaca y un hombre brasilero que se conocen mientras ambos desarrollan sus estudios doctorales



en Nueva York. La única posibilidad de conocerse está determinada por una tercera lengua prestada, la inglesa. El problema radica en que frente a la imposibilidad de dominar esa tercera lengua para comunicarse, toda la energía libidinal de los amantes transita por sus cuerpos. El amante brasilero se encuentra en Nueva York realizando una investigación sobre el canibalismo. Esta asociación y el tremendo desenlace de la novela me llevan a recordar a Haroldo de Campos. Para este autor la traducción es el dispositivo mediante el cual se hace posible devorar, asimilar toda la tradición universal. Enfrentado al canibalismo entendido no como destrucción o aniquilación del otro, sino como su asimilación, me adentro en otro plano en el cual la traducción es un programa de reincorporación.

Así, por un lado, tengo la lengua como forma de expresión de la vida, y por el otro, la traducción como un proceso de reincorporación, de asimilación que produce un nuevo texto. El oficio de la traducción entonces se encuentra constantemente con el evento de la “digestión” de sentido. El traductor vive en el conflicto limítrofe entre la lengua materna y la ajena. En ese espacio fronterizo trazado entre dos formas de mundo el traductor se juega la vida. La vida misma es puesta en vilo en ese movimiento entre una y otra lengua. Habitante de la frontera, el traductor tiene que vérselas con la posibilidad de no solo hacer inteligible una palabra y otra en una lengua distinta, sino que al mismo tiempo tiene que captar un sentido que sólo es comprensible en su lengua original. Mantener la potencia de sentido es un asunto que solo puede ser canalizado por una tensión entre el devorar y asimilar propio del canibalismo. Arrojado al mundo de la palabra, el traductor tiene la obligación de vivir apasionadamente y casualmente en otra lengua.

Me sorprende al recurrir al traductor de Google para entender un texto en otra lengua. Me hace pensar que traducir puede ser un trabajo frío y digno destinado a las máquinas, pues como Google me lo evidencia, una máquina puede traducir palabra por palabra, inclusive generar un sentido a la frase. Sin embargo, la máquina no capta un mundo. El trabajo con la máquina termina siendo infructuoso, pues no es posible entender lo que pasa en esa otra vida que estoy pretendiendo traducir. Traducir no es simplemente quedarse con el pequeño tránsito de una codificación a otra. Descubro que la traducción es algo que pasa por el afecto. Aquello que parece ser un problema de información codificada, se desplaza hacia elaboraciones y apropiaciones de sentido que tienen en cuenta la propia pasión del traductor. Se trata de la restitución de la potencia del devorar que he descubierto en el traductor.



La traducción implica una apropiación del sentido; es la muerte del sentido en la lengua original y el nacimiento de un nuevo sentido en la nueva lengua.

El traductor termina por ser un médium en el cual las potencias propias de dos lenguas lo atraviesan. El problema al que se ve confrontado consiste en volcar las palabras y sus sentidos a otra lengua, con igual o mayor potencia que la que poseía inicialmente. La traducción mantiene la diversidad y la experiencia de mundos en constante fluir.

Traducir no es una traición, pero sí un juego macabro –placentero, también– de muerte y vida constante.

En ese sentido, una traductora de larga data como lo es Claudia Ríos, quien traduce textos académicos del alemán y del inglés, expresa este sentir así: “No hay nada en mi ejercicio de traducción que no atraviese mi propio cuerpo. Es un ejercicio que agota, pero cuando lo ves materializado de nuevo es una satisfacción. Seguramente porque el texto se ha reescrito en esa nueva lengua, los textos terminan siendo un poco míos, han transitado ya por mi cuerpo”. Por supuesto, vale aclarar que esto es una mera traducción mía, es mi devorar y asimilar de sus gestos y palabras.

Esas palabras y ese sentir me evocan constantemente los textos de Octavio Paz sobre el oficio del traductor. En su nota preliminar a sus *Versiones y Diversiones* dice: “A partir de poemas en otras lenguas quise hacer poemas en la mía”. El resultado final son dos escritos con potencia independiente, unidos tal vez por una delgada línea: la del sentido en tensión con los afectos. Tal vez porque en la existencia misma la traducción es canibalismo. La vida es dejarse atravesar por los afectos. El traductor al encontrar el sentido, al volcarlo en su lengua, al arrojar ese nuevo texto al mundo, trae consigo la potencia de vida del original, pero surge una nueva vida, una nueva potencia, la propia potencia.

Mantener la potencia de sentido es un asunto que solo puede ser canalizado por una tensión entre el devorar y asimilar propio del canibalismo. Arrojado al mundo de la palabra, el traductor tiene la obligación de vivir apasionadamente y casualmente en otra lengua.

